

➤ *Domingo 31 del tiempo ordinario Año C (2010). El encuentro entre Jesús y Zaqueo, recaudador de impuestos. En ese encuentro tiene una parte importante la curiosidad de Zaqueo por conocerlo, y cambió su vida, fue como volver a nacer.*

❖ Cfr. 31 domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Sabiduría 11,22-12,2; 2 Tesalonicenses 1,11- 2,2; Lucas 19,1-10

Gianfranco Ravasi, *Los rostros de la Biblia*, San Pablo 2008, pp. 408-410

Zaqueo: su conversión

Es el protagonista del relato evangélico de Lucas (19,1-10) de este domingo. Su nombre en griego es *Zakchaíos* y supone el hebreo *Zakkay*, que probablemente era una especie de diminutivo del nombre más común, Zacarías, que llevó un profeta veterotestamentario y el padre de Juan Bautista. Su título profesional es el de *architelónes*, es decir, el director general de los impuestos de Jericó, una ciudad especialmente próspera, porque aun cuando está situada en el panorama árido y casi lunar del valle del Jordán, a más de trescientos metros bajo el nivel del mar, es como una esmeralda de árboles, plantaciones y fuentes.

Así es, porque se trata del oasis más importante de aquel territorio, centro de un asentamiento humano tan arcaico que se sitúa en los vértices cronológicos de las más antiguas ciudades del mundo, activa ya en el VIII milenio a.C. En la actualidad todavía se detienen los visitantes en una colina para contemplar las mastodónticas ruinas de aquel centro primordial, pero la vista también se dilata en el oasis de tres kilómetros de diámetro, en el Jericó más reciente que vio surgir el palacio de Herodes, pero también en el posterior y periférico palacio real de invierno de los Omeyas, la dinastía descendiente de Mahoma que había puesto su capital en Damasco.

o Una curiosidad de Zaqueo: ver al rabí de Nazaret

La prosperidad de Jericó y su posición por la vía que descendía hasta Jerusalén desde el norte, costeanado el Jordán, la habían convertido en un centro político y comercial significativo: así se justifica la presencia de oficinas y funcionarios del fisco, dirigidos precisamente por Zaqueo, hombre probablemente corrompido como lo eran (y lo serán frecuentemente) los burócratas, pero con una curiosidad en él, signo de una inquietud más profunda, la de ver en persona al rabí de Nazaret. Jesús había pasado más de una vez por Jericó cuando subía de Galilea a Jerusalén. Precisamente a las puertas de aquella ciudad había curado en una ocasión a un ciego llamado Bartimeo (Marcos 10,46-52).

o El encuentro con Jesús, no para obtener una curación física, sino una liberación interior.

Ahora le toca a Zaqueo encontrarse con la figura de Jesús, no para obtener una curación física, sino una liberación interior. La historia de aquel encuentro es tan célebre que todavía en la actualidad casi la «escenifican» los peregrinos: se detienen bajo un sicómoro, árbol tropical que entonces era muy común en Tierra Santa (recordemos que el profeta Amós era recolector de los frutos de este árbol, semejante al higo, y hacía incisiones en la corteza para obtener una especie de jugo).

o Aquella curiosidad cambió su vida; fue como un volver a nacer: “hoy la salvación ha entrado en esta casa”.

Así fue como Zaqueo, que era bajo de estatura, se había encaramado a un sicómoro para ver mejor a Jesús, y aquella curiosidad cambió su vida: Cristo se dará cuenta, se detendrá, le hará bajar y hará que lo invite a su casa. Y para Zaqueo será como volver a nacer: «Mira, Señor, doy hasta la mitad de mis bienes a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo el cuádruple» (mucho más del doble de lo que se debía pagar en reparación de un fraude según la ley hebrea, pero la pena que correspondía según el derecho romano para el ladrón cogido in fraganti). Y todo se ratifica con aquellas palabras finales de Cristo: «Hoy la salvación ha entrado a esta casa, porque también él es hijo de Abrahán!».

www.parroquiasantamonica.com